HAL
open science

Brasil: las elecciones generales de octubre de 2018

Frédéric Louault

To cite this version:

Frédéric Louault. Brasil: las elecciones generales de octubre de 2018. Les Études du CERI, 2019, 239-240, pp.70 - 74. hal-03457685

HAL Id: hal-03457685

https://sciencespo.hal.science/hal-03457685v1

Submitted on 30 Nov 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Brasil: la llegada al poder de la extrema derecha

Frédéric Louault

Las elecciones generales brasileñas se celebraron los días 7 y 28 de octubre de 2018. Más de 147 millones de votantes fueron convocados a las urnas para elegir a representantes del ejecutivo federal (presidente y vicepresidente de la República), del Congreso Nacional (513 diputados federales y 54 de los 81 senadores), así como a los poderes ejecutivos y legislativos de las entidades federadas (gobernadores y asambleas legislativas).

Estas elecciones se llevaron a cabo en un contexto especialmente tenso. Los brasileños, marcados por un sexto año consecutivo de dificultades económicas, aturdidos por la magnitud de los escándalos de corrupción, disgustados por el comportamiento de sus élites políticas y ahogados en oleadas de *fake news*, votaron sin brújula. Según el informe del Latinobarómetro, Brasil fue en 2018 el país de América Latina con el nivel más bajo de satisfacción con la democracia (9%, contra 49% en 2010, cuando Lula terminó su segundo mandato), detrás de Venezuela (12%), Perú y El Salvador (11%). También es el país de América del Sur con el apoyo más bajo a la democracia (34%, contra 54% en 2015), por detrás de Paraguay (40%). En un contexto de desconfianza e insatisfacción de la población hacia sus representantes y las instituciones democráticas, la emergencia electoral de una figura política que se presenta como antisistema no debería sorprender.

Sin embargo, a principios de este año, el ex presidente Lula era el favorito de la elección, muy por delante del candidato de extrema derecha, Jair Bolsonaro (PSL). Pero su encarcelamiento el 7 de abril y luego la invalidación de su candidatura el 1ero de septiembre, pocas semanas antes de la votación, abrumaron las esperanzas del Partido de los Trabajadores (PT) de recuperar el poder a través de las urnas, dos años después de la destitución de Dilma Rousseff. Privado de su líder carismático, el PT (en el poder entre 2003 y 2016) confió en Fernando Haddad para que asumiera la antorcha de la reconquista. Si este último pudo clasificarse sin vacilar en la segunda ronda, no pudo contener el rechazo del PT y la ola de odio orquestado por sus oponentes. Este rechazo se produjo en favor de Bolsonaro, quien no solo catalizó el sentimiento antipetismo, sino que logró sobre todo presentarse como un *outsider* y encarnar la ruptura con el sistema político vigente. Pura palabrería para un hombre que ha estado en la Cámara de Diputados desde 1991...

Víctima de un ataque con cuchillo (6 de septiembre), Bolsonaro hizo campaña durante tres semanas desde una cama de hospital, disfrutando de una excepcional exposición mediática y fortaleciendo aún más su comunicación a través de las redes sociales. En la primera ronda, se había tragado los restos de los partidos políticos tradicionales (PSDB, PMDB, DEM) y desviado al electorado de derecha: el PSDB, que había sido la oposición del PT desde 2003 fue literalmente aplastado (4,8% contra el 33,6% en 2014), como la ex disidente del PT Marina Silva (1% contra el 21,3% en 2014). Entre el PT y Bolsonaro, solo el antiguo ministro de Lula, Ciro Gomes (PDT) logró encarnar una tercera vía (12,5%). Después de obtener el 46% de los votos válidos en la primera vuelta, Bolsonaro ganó sin tener que esforzarse la segunda ronda contra Fernando Haddad (55,1% de los votos válidos contra el 44,9%), sin haber necesitado desarrollar su programa y sin haber participado en el menor debate contra su oponente. La

hipótesis de un frente republicano para evitar que Bolsonaro llegara al poder no se afianzó. Por el contrario, los sectores tradicionales – por defecto o por pragmatismo – se ubicaron detrás de Bolsonaro (como habían apoyado a F. Collor contra Lula en la segunda ronda de las elecciones presidenciales de 1989). Se organizó un frente anti republicano que reunió a un electorado que se reconoce en los "valores" enarbolados por Bolsonaro y los partidarios de un sorprendente "voto útil" para la extrema derecha.

Figura 1
Erosión electoral de los dos principales partidos políticos (PT y PSDB) entre 2006 y 2018 (primera vuelta de la elección presidencial, en millones de votos).

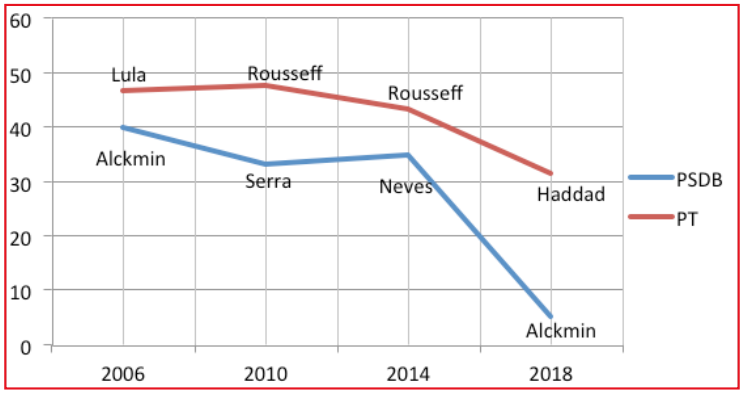
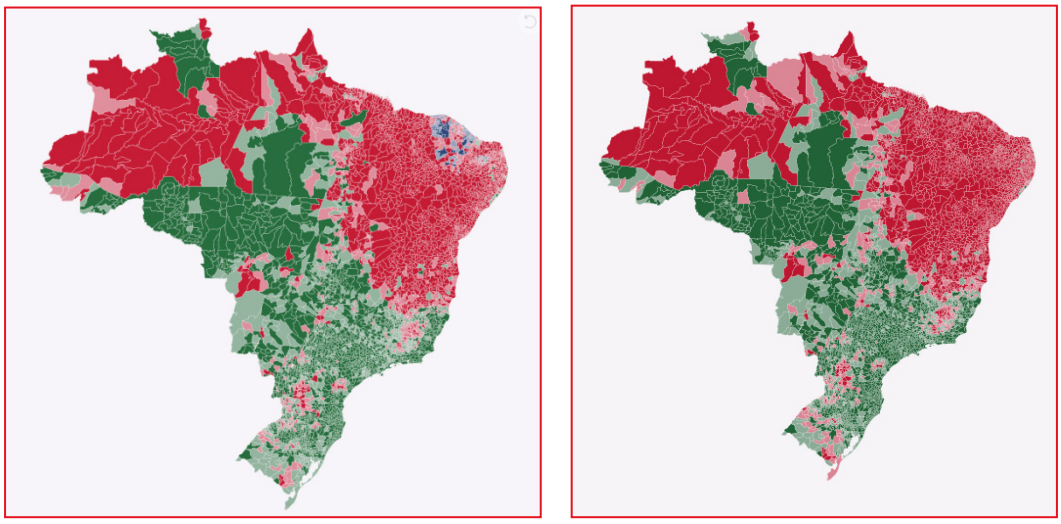


Gráfico elaborado por el autor. Datos: Tribunal Superior Electoral de Brasil (TSE).

Desde el punto de vista de la geografía y la sociología electoral, es necesario enfatizar el recrudecimiento de la polarización política, ya perceptible en los comicios anteriores. Las bases electorales de Bolsonaro se concentran en el sur, sureste y oeste del país, las regiones más ricas y dinámicas del país donde el PT ha experimentado una importante erosión electoral desde 2010. Encontramos los sectores de la burguesía visceralmente opuestos al PT, pero principalmente las clases medias urbanas decepcionadas con los gobiernos de Lula y Dilma, así como a grupos de poblaciones vulnerables que estaban temporalmente fuera de la pobreza bajo el gobierno Lula, pero que han sufrido los costos de la crisis económica a partir de 2011. Fue justamente en esas zonas donde el PSDB obtuvo sus mejores puntajes en 2014. Bolsonaro reforzó esta tendencia e incluso inclinó el equilibrio de fuerzas en los estados de Río de Janeiro y Minas Gerais (donde Dilma Rousseff llegó en primer lugar en 2014). Al contrario, los baluartes electorales del PT se concentran en el nordeste y el norte del país, las regiones más pobres, donde la proporción de personas que dependen de los programas sociales desarrollados por el PT es más grande. Sin embargo, sería más preciso mencionar una división entre tres brasileños en lugar de dos. De hecho, 42,1 millones de votantes (es decir el 30,9% del electorado) no votó ni por Bolsonaro ni por Haddad en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales (7,4% de votos nulos, 2,2 % de votos en blanco y 21,3% de abstención).

Figura 2
geografía electoral de la primera y segunda vuelta de la elección presidencial



Fuente: O Globo / Elecciones 2018 (en verde las zonas electorales ganadas por Bolsonaro, en rojo las zonas electorales ganadas por Haddad, en azul las ganadas por Ciro Gomes)

Con respecto a las otras elecciones, es especialmente interesante considerar la evolución de la composición del Congreso para evaluar el margen de maniobra del nuevo presidente de la República. Después de las elecciones de 2014, el Congreso había estado representado como el más conservador en la historia del Brasil democrático: 238 de los 513 diputados estaban identificados como conservadores (46%). También fue el Congreso más fragmentado del mundo (26 partidos representados). Este doble récord fue pulverizado en 2018: 301 diputados se integran a la derecha o la extrema derecha (59%), contra 75 posicionados en el centro (14%) y 137 a la izquierda o la extrema izquierda (27%).

Figura 3
Posicionamiento ideológico de los diputados
(la mayoría simple es de 257 escaños y la mayoría cualificada (3/5) de 308 escaños.

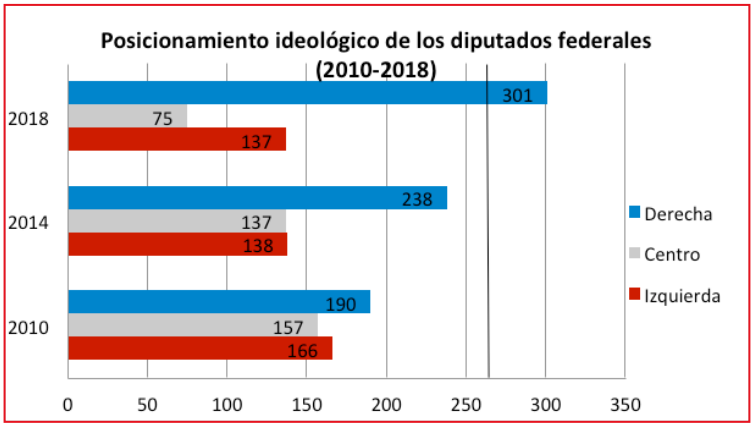


Gráfico elaborado por el autor Datos: Tribunal Superior Electoral de Brasil (TSE) & *Gazeta do Povo*.

Por supuesto, los congresistas conservadores constituyen un grupo heterogéneo con intereses diversos. Están lejos de compartir el conjunto de posiciones políticas presentadas por Bolsonaro, cuyo partido solo controla 52 escaños en la Cámara de Diputados y 4 en el Senado. Sin embargo, Bolsonaro cuenta con un potencial de apoyo suficiente para aprobar numerosos proyectos de leyes o incluso para revisar ciertos aspectos de la Constitución (requiere una mayoría cualificada de tres quintos, es decir 308 votos en la Cámara de Diputados y 49 en el Senado). Sin embargo, puede contar con el apoyo específico de ciertos sectores, a través de grupos de interés temáticos (*bancadas suprapartidarias*). Dos de ellos, muy próximos a Bolsonaro, experimentaron un crecimiento histórico en las elecciones legislativas de 2018: el grupo pro armas, llamado *bancada da bala*, reúne a 61 diputados –frente a 35 en 2014– y apoyará el proyecto de seguridad de Bolsonaro (reducción de la mayoría penal, revisión del Estatuto de Desarme, etc.); el grupo que representa los intereses de las iglesias evangélicas, llamado *bancada da bíblia*, reúne a 84 diputados contra 75 en 2014. Finalmente, el grupo que representa al lobby de los agronegocios, llamado *bancada do boi*, también declaró su apoyo a Bolsonaro y le dio el nombre de la ministra de Agricultura (Tereza Cristina). Aunque ha perdido peso en comparación al 2014 (104 diputados contra 160), este grupo sigue siendo un elemento importante en la articulación de las relaciones ejecutivo-legislativas.

Con respecto a la fragmentación partidista, 30 partidos eligieron al menos un congresista para la Cámara Federal y 23 para el Senado en 2018. Pero lo que había sido una desventaja para los presidentes anteriores constituye, paradójicamente, una fuerza para Bolsonaro. De hecho, este último ha declarado durante la campaña electoral querer gobernar sin los partidos, negociando directamente con los diputados y con los grupos de interés supra partidistas para construir mayorías legislativas específicas. El fortalecimiento de la fragmentación partidista y el debilitamiento de los partidos de la derecha tradicional juegan a su favor. Los cuatro partidos principales de la derecha tradicional (PSDB, MDB, PP, DEM) perdieron también un total de 64 escaños en comparación con la legislatura saliente (su representación parlamentaria se redujo en un 66%).

Bolsonaro finalmente podrá contar con el apoyo de los gobernadores de los principales Estados de la federación, ubicados en el sureste y el sur. De hecho, los gobernadores electos de São Paulo (J. Doria, PSDB), Río de Janeiro (W. Witzel, PSC), Minas Gerais (R. Zema, NOVO), Río Grande del Sur (E. Leite, PSDB) Paraná (Ratinho Júnior, PSD), Santa Catarina (comandante Moisés, PSL) y el Distrito Federal de Brasilia (Ibaneis Rocha, MDB) habían prometido lealtad a Bolsonaro antes de la primera ronda o entre las dos vueltas. Los estados occidentales, donde se concentran las principales áreas de producción de productos agrícolas para la exportación (Mato Grosso, Mato Grosso do Sul, Goiás), también han sido ganadas por Gobernadores favorables a Bolsonaro. Por el contrario, la mayoría de los estados más pobres, rurales y menos integrados fueron ganados por los gobernadores de la oposición de Bolsonaro (PT, PSB, PCdoB). Este es el caso de los diez estados de la región nordeste, donde Haddad ganó en promedio el 69,7% de los votos. Este relevo en los estados más ricos y poderosos del país refuerza aún más la presión sobre los estados más pobres –la mayoría de los cuales están gobernados por la oposición– que son los más dependientes de las transferencias financieras provenientes del nivel federal. Es probable que la brecha entre el

Brasil del sur y el del nordeste se amplíe aún más. Bolsonaro tiene un arma política para debilitar a la oposición en los estados del nordeste.

No obstante, Bolsonaro enfrentará, desde el inicio de su mandato, varias dificultades. Su base aliada al Congreso sigue siendo frágil, heterogénea e inexperta. Su gobierno a priori tiene una baja coherencia interna que Bolsonaro tendrá problemas para controlar y se basa principalmente en dos "super ministros" (P. Guedes en la economía y el juez S. Moro en la justicia). Sobre todo, la apuesta de formar un gobierno sin haber negociado formalmente con los partidos de su base aliada corre el riesgo de complicar las relaciones entre el poder ejecutivo y el legislativo. La forma en la que el Congreso se volvió contra Dilma Rousseff en 2014 y 2016 y votó su destitución constituye un fuerte precedente que podría llevar a Bolsonaro a ser prudente. Bolsonaro, quien contribuyó a la destitución de los dos presidentes (Collor en 1992 y Rousseff en 2016), no sabría subestimar la presión que el legislativo puede ejercer sobre el ejecutivo.

Finalmente, desde el punto de vista de las acciones políticas, la implementación del proyecto de Bolsonaro puede provocar importantes tensiones sociales. Asustado por la destitución de Rousseff y ofendido luego por la violenta retórica de Bolsonaro, los militantes de izquierda están listos para movilizarse a riesgo de enfrentar la policía o las milicias pro-Bolsonaro. El peligro de ver la democracia desintegrarse y el gobierno ir a la deriva hacia el autoritarismo (violencia política contra los opositores, gobierno civil autoritario apoyado por ciertas franjas militares e incluso la creciente militarización del régimen) no debe subestimarse, viendo el desprecio declarado de Bolsonaro hacia las instituciones democráticas, los derechos humanos y las libertades fundamentales. Por el contrario, en caso de una crisis aguda de gobernabilidad, de dificultades económicas, de un gobierno impopular y derivas (corrupción en su gobierno, represión sangrienta apoyada por algunos gobernadores, etc.), tampoco puede excluirse la posibilidad de una intervención militar reguladora para romper su mandato y organizar una nueva elección[1].

Traducción: Lianne Guerra

[1] Para profundizar, consultar el archivo "Brasil 2018" del OPALC (análisis, mapas y gráficos): **www.sciencespo.fr/opalc/content/bresil-elections-generales-2018**